

estas experiencias. A mí me sirvieron como temas de reflexión y de cuentos de sobremesa. Por suerte, a lo largo de este precipitado recorrido como autor de mi propio *El Dorado*, conservaba los cuadros de Botero y, más importante aún, a mis amigos colombianos, aquellos que me presentaron a su país, que me acogieron en sus hogares como hermanos.

Cada viaje es un concierto de lugares, acontecimientos y personajes. Para mí, Colombia se inició en los corazones de la familia Toro: Fernando, sus hermanos Rodrigo, Pablo y Felipe, y sus padres Emilio y Amelia. Cada uno me hizo sentir parte de una gran familia, cómplice en sus múltiples actividades, valorizado y entendido. Mientras tuve que luchar con mis primeras palabras en castellano, en ese frustrante aprendizaje de la comunicación, demostraban infinita paciencia y compasivo buen humor. Nos unen treinta y cinco años de amistad la cual me ha conferido, a lo largo de todo ese tiempo, el título de colombiano por adopción.

Desconocidos compañeros de ruta, apreciados compañeros de trabajo en las oficinas de Ecopetrol, donde tuve mi primera, y última, experiencia como burócrata; en Artesanías de Colombia, donde luché para imponer una idea: que las artesanías colombianas podían exportarse con provecho comercial; un par de familias que habitaron nuestra finca en los Llanos, cuidando 20.000 hectáreas con una sola bicicleta.

Mi par, el pintor Jim Amaral, quien se encontró con su colombiana Olga, y que ahora goza de los frutos de su creación más fecunda en Colombia: sus hijos Diego y Andrea, creadores, ellos mismos, por derecho propio. Recuerdo los numerosos y buenos momentos compartidos, en conversaciones que tanto trataron de aclarar las diferencias culturales de los pueblos.

Ahora, por suerte, en Buenos Aires, cuento con mi vecino colombiano, y es, como tenía que ser, un poeta. Buen amigo de una red internacional de extravagantes personajes, Juan Gustavo Cobo Borda siempre encuentra, entre su infernal productividad y su labor de diplomático, momentos para

recordarnos a Colombia. En él se concentra todo eso que distingue a la querida gente colombiana: entusiasmo, calidez, claridad y compromiso. Él me ha cedido, también, la amistad de sus amigos: Daniel Samper y Mauricio Obregón, brillantes exponentes de las maravillas que puede producir la cultura de un país pequeño pero profundo, como Colombia.

Colombia, que me concedió vivir la plenitud de la amistad, reteniendo sólo los misterios del amor. Que nos dio una ahijada, Fabiola, cuyas cartas fielmente cuentan su peregrinaje por los senderos de su vida veinteañera. Colombia, ahora conocida más por los sombríos títulos de los diarios, que anuncian sistemáticamente sus desgracias. Colombia, que corre por mis venas, convertida en definitivo componente de mi propia sangre. Colombia, aquella tierra de mi iniciación, que tanto dio para ensanchar mis fronteras.

*Juego mi vida, cambio mi vida.
De todos modos
la llevo perdida...*

*Y la juego o la cambio por el
más infantil espejismo,
la dono en usufructo, o la
/regalo...*

En Colombia aprendí —como le sucedió a De Greiff— a jugar la vida, a cambiarla. Ahora acepto que la llevo perdida, en la medida que no la puedo llevar conmigo hacia la eternidad. Pero, sí que puedo vivirla y disfrutarla, llenándola de experiencias, como fue para mí el descubrimiento del mundo a través de Colom-



bia. Y más adelante, los demás viajes, que cada vez más me van adentrando en la magia, que es este mundo y sus seres. Agradecido estoy con Colombia, que me permitió dar los primeros pasos de una caminata todavía inconclusa.

Germán Vargas Cantillo

Dijo la prensa que Germán Vargas murió en Barranquilla el 21 de mayo de 1991. A quienes no aceptamos la evidencia del hecho, resulta imposible referirnos a él con nuestras propias palabras. Por esto, el Boletín Cultural y Bibliográfico transcribe lo que otros dijeron. D.J.A.

EL ARTE DE HOY

Germán Vargas se llevó la risa

Se murió Germán Vargas. Nuevamente sentimos el peso de lo irremediable que es siempre injusto. Esas son partidas que nos dejan el más profundo vacío: no veremos ni oiremos más al ser extraordinario. Alguien que se llevó intacta la mirada cristalina de la ecuanimidad. Caminaba cargado de ligereza porque vivía en la sabiduría de las cosas postergadas pues conocía la certeza de lo irrelevante. Y en cada una de esas susstracciones no postergaba la vida sino que le daba más impulso a las que realmente tenían importancia. Para él nada estaba disfrazado de pompa, ni presuntuosa arrogancia. La sencillez que lo hacía cada vez más grande. Su manera aparentemente simple de explorar el mundo dejaba la esencia de la síntesis. Indudablemente Germán Vargas fue el gran crítico literario de nuestra época, el que le buscaba a las páginas el sentido del hombre. Siempre estuvo escondido entre las líneas y los libros porque creyó desde joven que ya habían demasiados escritores en el mundo y que él no quería ser otro más de una inmensa multitud. Mantuvo la certeza de unos límites y su creación se la dedicó para que

los demás lo guiaran por sus caminos para traducir e interpretar rutas literarias, para divulgar lo que consideraba fundamental, para seguir el rastro de su consecuente ruta propia.



Era un ser auténtico, sin pretensiones, que realmente extrañaremos siempre. Se llevó la voz profunda que salía del alma, esa que hablaba pausado, que pronunciaba con precisión cada frase. Que fue en su época la voz oficial de la radio en Barranquilla y la misma que guió a Inravisión durante años. Se llevó el incansable entusiasmo, la devoción por la lectura cargada de sentido: el gran rito del hombre y el refugio del espíritu. Se llevó la calma de sus movimientos tranquilos, la paciencia maravillosa que no conoce la renuncia sino la espera incondicional, se llevó la bondad desinteresada, se llevó la vida sin prisa, se llevó la vida, se llevó la risa.

ANA MARÍA ESCALLÓN

(Tomado de: El Espectador, Bogotá, mayo 24 de 1991, pág. 3A).

LA MUERTE DEL PATRIARCA

**Muchos años después,
Germán Vargas reencuentra a
Alvaro Cepeda S.**

En el balcón de su casa en Barranquilla, se podía ver todas las tardes un libro abierto balanceándose al compás de una mecedora. Después de su jornada diaria, que empezaba a las cinco de la mañana, Germán Vargas abría la puerta de la casa para dejar

que irrumpiera la brisa fresca y —con su libro de turno— se instalaba en la mecedora del balcón hasta cuando la luz del sol se iba.

Tenía 73 años de libros y cigarrillos Pielroja, de amigos y tertulias, de trabajo y familia. La guayabera blanca a duras penas le apuntaba en la cima de la barriga, y un hilo de humo siempre estaba cruzándole la cara. En ella, había empotrados —como una piedra— un par de ojos azules que tenían la virtud de poder sonreír más que la boca.

Nadie lo había visto envejecer, porque las canas en su caso, eran cuento viejo. Las tenía hace tiempos y habían congelado su aspecto en una edad indefinida. Tampoco se le conocían dolencias. Iba y venía entre Bogotá y Barranquilla, para atender asuntos que le daban el sustento y para ver a los hijos y a Valeria, su única nieta.

Cuando tenía audiencia, se sentaba sencillito en la sala de su casa a contar historias viejas del “Grupo de Barranquilla”, y se reía a carcajadas. Álvaro Cepeda (desaparecido hace años), Alfonso Fuenmayor, el viejo Ramón Vinyes y “Gabito”, pasaban por su crónica haciendo malabares literarios y vivenciales que Germán Vargas recreaba sin orgullo, con cariño. Fueron los amigos del comienzo y son los del final.

A pesar de la vida discreta que llevaba, no podía evitar el porte de patriarca. Un patriarca lento, que hablaba con parsimonia, fumaba sin tregua y se reía para sus adentros todo el tiempo. Era el mejor amigo del Nobel, tuvo cargos importantes, se movió en los altos círculos y conoció el poder. Pero cuando en su casa se terminaba de comer, don Germán se instalaba frente al lavaplatos y daba cuenta de los trastos sucios. Lo hacía por terapia.

Si algún lugar va a sentir su ausencia, es su oficina del periódico El Heraldito, en donde religiosa y diariamente hacía de la escritura un rito, y de la que se escapaba en busca de un libro para saborear en el balcón de su casa. De allí sólo se paraba cuando lo cogía el sueño, o cuando sonaba el teléfono que lo mantenía atado a Darío, Mauricio y a Eula, sus tres

hijos. Fue un hombre de una sola compañera: Sussy Linares.

Su muerte se parece a él mismo: discreta, silenciosa y solitaria. A las cinco y media de la mañana de un día cualquiera, llegó la Parca y don Germán —sin decir nada— se fue con ella.

SILVIA DÁVILA

(Tomado de: Semana (Bogotá), mayo 28 de 1991, pág. 196).

EL HOMBRE DE LA CALLE

Germán Vargas

Si alguna vez existió rivalidad entre costeños y cachacos, de rectificar ese concepto se encargó una hermandad que todavía se prolonga, entre un sector extenso de gentes de las artes y la cultura que formaron un puente entre las playas del Caribe y las faldas de Monserrate.

El núcleo inicial fue el Grupo de Barranquilla, que además de cuna de celebridades y fogón intelectual costeño, era el sitio donde aterrizaban algunos cachacos dispuestos a descentralizar y oxigenar sus cerebros. Han avanzado así varias generaciones de cachacos costeñizados y de costeños cachaquizados, que han surtido las nóminas de las clases dirigentes y de un liderazgo cultural, prolongado por caminos internacionales.

Germán Vargas era ejemplo de esa hermandad. Por épocas vivió en Bogotá y nos contagió de su euforia costeña y de su capacidad como hombre de letras en todo el sentido de la palabra. Dominaba la letra rápida de un diario así como la letra reposada de un libro o la letra hecha voz en su garganta culta y pausada.

El lector

Hará mucha falta Germán Vargas allá en sus playas costeñas, aquí en la Sabana lluviosa y en todos los rincones, bibliotecas y auditorios a donde había llegado con su estampa de profesor de literatura que nunca abandonó cierta sonrisa de picardía.